

del abastecimiento de aguas de Panamá, obra tan importante y necesaria, que ha de mejorar notablemente las malísimas condiciones higiénicas de esa ciudad, hoy día desprovista por completo de aguas potables.

Al rendir desde las páginas de esta REVISTA un tributo de admiración y simpatía á la memoria del malogrado Ingeniero francés, séame permitido insertar, como su mayor elogio, la *Nota sobre el cálculo de arcos de grandes luces*, que hace poco había escrito (1).

GUILLERMO BROCKMANN.

MEMORIA SOBRE EL RENACIMIENTO,

POR

DON TEODOSIO ALONSO PESQUERA

INGENIERO DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS.

PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES DE VALLADOLID.

(Continuación.)

Formaron uno y otro artista excelentes discípulos, citándose entre los mejores de Berruguete á Esteban Jordán y Gaspar de Tordesillas, y conociéndose como de Becerra á Miguel Martínez, Baltasar Torneo y Miguel Rivas, que á su muerte dejó recomendados á Felipe II. Igualmente tuvieron excelentes imitadores, y las esculturas del palentino Francisco Giralte en Madrid y Valladolid; de Gregorio Hernández en Castilla, Galicia y Extremadura; de Cristóbal Salamanca en Cataluña; de Monegro en el Escorial; de Luis Fernández de la Vega en Asturias; de Muñoz en Valencia; de Montañés en Andalucía; de Pedro Mena en Málaga y de Alonso Cano en Granada, Madrid y Toledo, son indicio cierto de que el genio y la inspiración de nuestros artistas en nada cedían á los de los extranjeros, y eso que eran muchos y muy buenos los que por aquella época acudían á España atraídos por el cebo del oro de las Indias y solicitados por la esplendidez y gusto de nuestros reyes y magnates. Recuerda Ceán Bermúdez y, por otra parte, sus obras no nos permiten olvidar á Messer Domenico Fiorentino, que vino de Italia á labrar los *sepulcros del príncipe D. Juan en Avila y de Cisneros en Alcalá*; los dos Vigarni ó Borgoña, Felipe y Gregorio, que se distinguieron en Toledo (2); Pedro Torrigiano, émulo de Buonarroti, que trabajó en Granada; Juan de Juni y Cornielis de Holanda, en Castilla; el holandés Diego Copin en Toledo, y el célebre León Leoni, con su hijo Pompeyo y su nieto Miguel, Jácome Trezzo y su sobrino, Bautista Bonano-

(1) Empezará á insertarse en el número próximo.

(2) Felipe de Borgoña nació en Burgos; pero su padre fué borgoñón.

me y su hijo Nicolás, Blas de Urbino y Antonio Sormano, todos los que, en páginas de mármol y de bronce, dejaron escrita su fama de artistas en el suntuoso edificio del Escorial.

Y á la par que se construían templos, perfeccionábase el decoro de los mismos hasta el último detalle, pintando sus primorosas vidrieras; haciendo las crucés, porta-paces y custodias, que perpetuaron el nombre de los Arfe; fabricando las caprichosas verjas de coros, capillas y sepulcros; cubriendo los libros de canto de preciosas miniaturas, y bordando, en fin, los magníficos ternos, que hoy son buscados con avidez, para reproducir en telas y tapices sus menudas y delicadas labores. Mas hora es ya de empezar con la pintura, que largo, aunque agradable, es el camino que con ella habremos de recorrer.

Si, por no convenir á nuestro empeño estudiar la pintura gótica, prescindimos de los *mestre* Marzal en Valencia y del mallorquín Guillermo Arnaldo, así como en Castilla de los Starnina, Dello de Florencia y Roger de Flandes, que ya figuran en las Cortes de Juan I y Juan II, no siendo, aun entonces este arte cosa nueva, pues en las cuentas del rey D. Sancho IV se ve á Rodrigo Esteban recibir *cien maravedises*, lo cual nos prueba que en el siglo XIII había un *pintor del Rey*, si bien no muy espléndidamente recompensado, el primer artista de mérito en quien se presentía el Renacimiento fué Antonio del Rincón, á quien los Reyes Católicos hicieron caballero de Santiago, y que ejecutó en la catedral de Toledo trabajos de importancia en unión con Pedro Berruguete, padre de Alonso Berruguete, á quien tan gran papel hemos visto representar en la historia del arte. Pero para proceder con algún orden, fuerza es metodizar el estudio y recordar al menos los maestros que dieron vida á cada uno de los cuatro grandes centros en que para la pintura podemos considerar dividida nuestra patria: Valencia, Sevilla, Granada y Castilla.

Tuvo la escuela valenciana por fundador á Juan de Juanes (1523 á 1579), quien aprendió su arte en Italia trabajando con Julio Romano, Perino del Vaga y otros discípulos de Rafael, apropiándose tan bien su estilo que, según Viardot, sus lienzos se confunden con los de Sanzio Urbino. De vida religiosa y ejemplar, que le valió el afecto y protección del confesor de Carlos V, Santo Tomás de Villanueva, sabía transmitir á sus cuadros el dulce misticismo que inundaba su alma, y la *Concepción*, que pintó á instancias de Fr. Martín Alberro, lo mismo que la *Cena*, colocada por algunos al nivel de la de Leonardo, nos dan una muestra de la tierna expresión de sus cabezas y de la nobleza de sus actitudes, que, teniendo cierto sabor italiano, han sabido, sin embargo, adaptarse al temperamento de nuestro país. Le siguió Ribalta, muy respetuoso para la memoria de Sebastián del Piombo y otros maestros que conoció en Italia, cabiéndole el honor de

haber dado las primeras lecciones á Ribera, enseñando además á otros discípulos, si bien menos notables, en cambio más dóciles, como Castañeda, Bausá y un hijo de Ribalta, que le ayudó mucho á su padre en sus obras. Ribera, que vino después (1588 á 1656), poco conforme con el estilo fino y delicado de Ribalta, marchó á Roma, y estudiando allí *con poco profitto*, al decir de Pablo de Matteis, las producciones de Rafael, llegó al fin á Nápoles, donde encontró á Caravaggio, cuya *strepitosa manera* convenía mejor á su temperamento. Sucesivamente mendigo y opulento, asceta y libertino, abandonado unas veces y personaje importante otras en la Corte de los Virreyes, sus pinturas subyugan y se imponen, de igual modo que él se impuso á sus enemigos con la espada, y buscando todo su efecto en los contrastes, nos recuerda los muy fuertes que sufrió en su aventurera y tormentosa vida. Esteban March le siguió en su estilo, y si bien no desprovisto de talento, sus rarezas y la misma exageración que demostró en sus obras, hicieron que algunos le tuviesen por loco. Y, por fin, el último de los pintores ilustres de la escuela valenciana, Jacinto Jerónimo Espinosa, es menos conocido de lo que su mérito reclamaba, por no haber salido sus lienzos de las iglesias y conventos de Valencia.

Fundó la escuela sevillana Luis de Vargas (1502 á 1568), poniendo término al periodo gótico y ejerciendo en ella su influencia hasta los últimos años del siglo en que vivió. Piadoso hasta ser casi un Santo, repartía su tiempo entre el trabajo y las prácticas religiosas más austeras, encontrando en su casa cilicios é instrumentos de penitencia y una mortaja en que, según es fama, solía envolverse para meditar sobre la muerte. Inútil es decir, después de esto, que sus obras son tan sólo conocidas en iglesias y conventos, y que todas respiran la tierna fe y ardiente devoción que llenaba su alma. Floreció por entonces Maese Pedro Campaña, nacido en Bruselas, quien influyó como colorista en la escuela sevillana, tratando de amalgamar el estilo italiano con el gótico alemán de Alberto Durero y haciéndose famoso con el *Descendimiento*, que pintó para la iglesia de Santa Cruz de Sevilla, á cuyo pie pidió ser enterrado el gran Murillo. Fué imitador de Campaña Francisco Frutet, y viene después Pablo Céspedes (1538 á 1608), racionero de la Catedral de Córdoba, literato, poeta, lingüista, pintor y escultor, de quien dice Ponz: «que si en lugar de amigo íntimo de Zuccheri, hubiera podido serlo de Rafael, se habría hecho uno de los mejores pintores del mundo, como fué de los más sabios.»

(Se continuará.)

MADRID: 1886.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE GREGORIO JUSTE

Calle de Pizarro, número 15, bajo.